

LA ORACION DEL HUERTO

por Augusto HAUPOLD GAY

APENAS se mueve
dialogando el viento entre los olivos.
La noche se atreve...
Su andar lento y breve
tiene suavidades de pasos furtivos.
Sobre el horizonte
la sangre presiente la Cruz del Calvario.
Como una bandera clavada en el monte
el blanco sudario
de Jesús, ondean
a los aires limpios de la nueva idea.
La tarde amorosa se ofrece en rubor.
La naturaleza se entrega rendida.

Con la vida muerta... ¡cómo está la vida
latiendo en el cuerpo de Nuestro Señor!

Jesús mira al cielo.
Siente la tremenda voluntad Divina,
en la breve firma que una golondrina
a un texto de nubes, le pone en su vuelo.

Esa golondrina le anticipa tanto
que lleno de angustia rinde su entereza,
y es Dios quien naufraga en un mar de llanto,
y es Dios quien se hinca, derrotado, y reza.

Va sudando sangre su inmensa agonía...
«Aparta este Cáliz de mí, Padre mío».
La cálida noche, tan sólo, le oía...
La cálida noche temblaba de frío.

Rumores de vuelo,
y el angel que deja
palabras divinas de amor y consuelo.

Se escucha la queja
de Jesús, ungido de Divinidad:
—la cálida noche, tan sólo, le oía—
«Oh, Padre, perdona la protesta mía.
¡Beberé del Cáliz si es Tu Voluntad»!

La cálida noche tan sólo. Cercanos
—y ajenos al Angel, al llanto, al sudor—
duermen mansamente sus sueños humanos
los santos apóstoles de Nuestro Señor.